JOVELLANOS Y EL PAIS VASCO

Ignacio Elizalde Armendáriz
Profesor de la Universidad de Deusto

El testimonio de Jovellanos (1744-1810) nos interesa porque, entre los autores del siglo XVIII, destaca tanto por su personalidad humana como por su calidad literaria. Menéndez Pelayo lo define como «aquella alma heroica y hermosísima, quizá la más hermosa de la España moderna» (1). Y Angel del Río cree que para sus amigos y enemigos «se perdió de vista el rasgo más saliente: el eclecticismo de su obra, el esfuerzo verdaderamente ejemplar por armonizar todas las corrientes contradictorias que influyeron en su pensamiento y formaron su personalidad» (2).

Jovellanos abarca una obra de variedad enciclopédica y de increíble extensión. Pero cada vez aparece más claro, según Julián Marías (3) que la obra capital de Jovellanos, desde nuestra perspectiva actual, son los Diarios. Los *Diarios* fueron escritos con propósito de *Memorias* no de confidencias, pero, no hay duda que significan una gran confidencia de Jovellanos, precisamente porque no se propuso hacerla, sino más bien dejar constancia de su mundo. No son íntimos, ni dramáticos, ni apasionantes. En su mayor parte están ocupados por noticias, generalmente de gran interés. «En estas anotaciones personales —dice Marías— Jovellanos filtra una época entera, va registrando con serenidad, con veracidad, una imagen de España y de la Europa a que siempre estuvo atento» (4) A través de su punto de vista personal «se vivifica», nos revela la vida cotidiana de entonces en toda su inmediatez. «El sabor de la vida» queda apresado en ese conjunto de anotaciones mínimas referentes al tiempo, la comida, el estado de salud, el aseo, la manera de sentirse al despertar por la mañana, una conversación trivial. etc.

El amor a la naturaleza no es únicamente del contemplador pasivo, sino que piensa tanto en su hermosura como en su utilidad. Del Río resume así esta cualidad: «Belleza natural y riqueza; estética y economía, maridaje típico de una época, cuya preocupación fundamental era la de conseguir la felicidad del hombre en este mundo» (5).

Por eso nos interesan las notaciones que nos ha dejado consigo en sus *Diarios* sobre el viaje que hizo al País Vasco.

El 6 de agosto de 1791, Jovellanos parte de Gijón, en compañía de Don Felipe Posada, prebendado de Avila, de Eugenio de Acebedo y de Pachín de Peón. Realiza su Itinerario VI, llamado por él el «Gran Viaje», que aparece en su *Diario Segundo (1791).* En este *Diario* incluye también la relación de su expedición al Canal de Campos, desde Valladolid y regreso, su viaje desde esta ciudad a Salamanca y su regreso a Gijón.

Queremos, en primer lugar, señalar los motivos fundamentales de su largo viaje y una descripción esquemática de su itinerario.

Los motivos del viaje parece que eran: l) El oficial, de la exploración sobre las expectativas de consumo de carbón asturiano, empezando por la comisión que le fue conferida para *La Cavada* (Santander) que se extendió a las «ferrerías» e industrias metalúrgicas del litoral cantábrico; 2) Un estudio comparativo de las ventajas comerciales que gozaban las provincias «exentas», las vascas, en relación con Asturias, y 3) el comercio del carbón. Es la época, como escribe Juan Luis Villota en que habiendo caído un tanto en desgracia del prepotente Godoy, éste le destina, como un buen pretexto para alejado de la Corte, a informar sobre la minería.

El itinerario vasco con sus fechas es el siguiente:

---

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles,* Madrid, Ed. Nac. 1956, t. V, p. 348.
(2) *lntroducción. Obras escogidas de Jovellanos.* Madrid, Clasic. Cast. 1966, p. 10.
(3) *Prólogo* a la ed. de los *Diarios,* Madrid, Alianza Edit. 1967, p. 9.
(4) *Op. cit..* p. 13.
(5) «El sentimiento de la naturaleza en Jovellanos», N. R. F. H., VII (1953), p. 630.

Agosto -1791

Día 6.- Salida de Gijón . . . . . .
. . . . . .

Día 16.-Laredo-Oriñón-Castro Urdiales-Fito de la Raya (límite con Vizcaya)-Somorrostro-Portugalete-Sestao-Baracaldo-Bilbao.

Día 17.-Bilbao

Día 18.-Bilbao-Portugalete-Bilbao

Día 19.-Bilbao

Día 20.-Bilbao-Zornoza-Ferrerías de: Ibarra, Bierna, Arandia-Durango

Día 21.-Durango-Ermua-Eibar-Elgóibar-Azcoitia

Día 22.-Azcoitia-Loyola-Azpeitia-Urrestilla-Vidania-Albistu (empalme con la carretera real a Francia)-Tolosa-Villabona-Hernani.

Día 23.-Hernani-San Sebastián

Día 24-25.-San Sebastián (Pasajes. Lezo, Rentería)

Día 26 -San Setiastián-Hernani- Tolosa

Día 27.-Tolosa-Alegría-Legorreta-Isasondo-Villafranca-Beasain-Ormáiztegui-Zumárraga-Anzuola-Vergara

Día 28.- Vergara

Día 29.-Vergara-Mondragón-Salinas-Ulíbarri-Gamboa-Mendívil-Vitoria

Día 30.-Vitoria

Día 31.-Vitoria (salida en diligencia) Ariñez-La Puebla de Arganzón-Miranda . . . . . Burgos

En esta parte del *Diario* se muestra muy cauto en materia política y no indica sus opiniones, ni hay alusiones a lo que está pasando. Veremos cómo en relación con uno de los motivos del viaje, en el País Vasco se fija principalmente en sus «ferrerías» y su posible industria y comercio.

Sus observaciones se refieren, en primer lugar, al camino y modo de viajar. No hace jornadas completas, sino que las condiciona a su necesidad o a su recreo. La mayoría de las veces viaja a caballo, a campo través o por sendas o caminos vecinales. No faltan ocasiones en que se duplica la molestia por cansancio o lesión del animal (6). Las pocas veces que va por el camino real lo hace en diligencia, que tampoco deja de procurarle inconvenientes, como la que toma en Vitoria, camino de Burgos. Cerca de Briviesca dio un vuelco y las contusiones le duran varios días (7). En alguna jornada vadeaba los ríos o utilizaba las barcas de peaje. Hizo excursión por la ría de Bilbao, resultando que la falúa era de la Inquisición (8), y por la bahía de San Sebastián y la ría del Bidasoa.

La hora de la salida solía ser muy temprana: entre las cuatro y media y seis y media de la mañana. Entre la comida y la salida, o la visita o reunión, solía echar una buena siesta. Así descansaba de las fatigas del viaje —tenía entonces 47 años— y hacía bien la digestión pesada de alguna comilona. Por ejemplo, el suculento almuerzo de Zornoza o el convite de Eibar (9).

Con frecuencia nos encontramos con criticas sobre los caminos y posadas. Algunas veces, son protestas, cuando halla las rutas «regulares» o de «pésima» o «malísima calzada» (10), a veces sólo transitables a pie, como «aquellas cuatro malditas leguas» que van de Laredo a Castro (11). Cuando encuentra un camino bueno también lo anota con satisfacción, como el que lleva a Baracaldo, de Bilbao. «cómodo y bellísimo por entre frondosísimos setos cubiertos de parras, zarzas, *belortos, y* entre arboledas muy pobladas» (12). Con frecuencia la observación es científica y demuestra que el polígrafo asturiano conocía la técnica de la época para la construcción de carreteras y caminos. Entonces comenta la calidad de los materiales de piedra arenisca o caliar de que pueden hacerse las calzadas. Al salir de Bilbao, escribe: «Camino nuevo, el mejor construido de todos: buena cubija para mal relleno; su piedra es gruesa y el barro con que está mezclada ha empezado a fundirse y los carros a abrir grandes carriles, aunque la obra es reciente; hay algunos trozos firmes, porque en lugar de tierra se echó guijo mineral o escoria

(6) *Diario Segundo,* BAE, t. 85, pp. 34 y 36. De esta edición serán las notas.

(7) *Op. cit.,* p. 44.

(8) *Op. cit.,* p. 27.

(9) Así describe el almuerzo de Zornoza: «Comimos buena sopa de pan francés, buena olla fresca de pecho de vaca; con salsa de tomate bien hecha; olla de verdura con buen tocino, dos pichones y una polla bien asados al reloj, huevos revueltos, magras, guisado y buenas peras». *Op. cit.,* p. 28. Y la suculenta comida de Eibar en casa de Bustinduy: «Hubo buen humor y buena comida: asado, calamares, anguilas, truchas, magras, guisado y frutas: entre otras, unas ciruelas de enorme tamaño, pues igualaban al más grande huevo de gallina... Buen vino generoso, bizcochos y confituras; por último anisete». *Op. cit.,* p.31. Pueden verse las notas de Jovellanos sobre la gastronomía vasca en el artículo de Villota, «El País Vasco, visto por Jovellanos a finales del siglos XVIII», en *Estudios Vizcaínos, 1973.* Es un artículo extenso, sin control de citas, ni notas de erudición.

(10) *Op. cit.,* pp. 17 y 18.

(11) *Op. cit.,* p. 24.

(12) *Ibid.*

de ferrerías, que es superior a él y de que no se saca en Vizcaya el partido que se pudiera» (13). Otras, critica técnicamente no sólo la construcción, sino su cuidado. Sobre los carros que deterioran esos caminos hace observaciones constantes y a veces compara sus características con las de los carros asturianos. Así en Durango comenta: «Está prohibido a los carros herrados andar por él [camino] y ésta será la razón de abandonar las calzadas, aun cuando sean buenas. Ni he visto uno solo sin hierro [en las ruedas]. En razón de maquinas son esencialmente como los nuestros; pero hay diferen - cias que, aunque accidentales, los hacen mejores en el uso..» (14). Se refiere a la manera de herrar y clavetear las ruedas.

Sobre las posadas generalmente hay observaciones críticas, pues las encuentra malas y mal acondicionadas. Al entrar en la provincia de Santander escribe: «Pésima, pervertísima posada». La de Zornoza, en Vizcaya, le parece «buena y límpia posada; camas y muebles muy aseados» (15). Sin embargo, en Guipúzcoa, encuentra en Loyola una «pésima posada digna de Galicia; se anda ahora a caza de camas: quiera Dios que aparezcan para que descansemos. Ya aparecieron...Las camas son inmundas y voy a dormir vestido» (16). No así en Hernani que encuentra una posada «nueva, buena y bien servida» (17). El contagio de los chinches de las camas y la diversidad de alimentación y de bebidas le produce picazones y granos, infecciones intestinales que curaba con dieta y agua de limón.

Abundan las observaciones sobre los cultivos, los montes, plantaciones y aprovechamiento de los terrenos, materia muy propia del autor del *Informe sobre la ley agraria.* Es curioso que, en general, ensalza la fertilidad y frondosidad de su tierra asturiana sobre las otras. Muchas veces, en sus observaciones agrícolas, recurre a la comparación con Asturias. Estaba acostumbrado a los caseríos diseminados del campo asturiano y a las aldeas y pequeñas parroquias sobre los verdes prados y le encanta el campo del País Vasco.

Sus anotaciones son muchas veces relativas a la economía agraria, que le permiten acumular datos para su *Ley Agraria.* Así, habla de la parcelación de los terrenos, aprovechamiento intensivo, comercialización de los pro-. duetos etc. Antes de entrar en Durango, advierte: «Hay una vega de maíz, bien cultivada, en ella vi las habas y calabazas sembradas entre el maíz, como en Asturias; vi también rastrar y desterronar la tierra, quitando las piedras y limpiándola con grande esmero para sembrar los nabos con que se alimenta el ganado en el invierno» (18). De paso por Ermua, anota:

> En estas cercanías hay más cultivos aún en los altos, mucha tierra preparada para la sementera de nabos...Esta sementera ocupa la tierra, luego que se coge el trigo, y se la prepara con gran cuidado...también se siembra alfalfa, el *sainfoin* (pipirigallo) y, de poco acá, una planta llamada la *abundancia y* la *miseria,* propagada a estímulos del general Ricardos... Así, los vizcaínos, que no tienen prados de guadaña, suplen con los artificiales a la sustentación de los ganados, que, por otra parte, tienen el pasto de los montes abiertos... comunes (19).

Cuando de Zornoza está a una legua de Bilbao, escribe: «Discurramos. Hasta aquí, se ve muy poco cultivo de tierras, y casi todo en los llanos. Por lo común se prefiere el viñedo, y éste se halla alguna vez en sitios costaneros, raro en las alturas. El maíz es casi el único grano, y menos trigo aún que en la Montaña; el arbolado lleva la primera atención. Sin embargo, no se ven montes altos como en Asturias. Sin las franquicias estas provincias serían muy inferiores a nosotros; con ellas no prospera la industria» (20). Vemos que no miraba con buenos ojos los fueros y franquicias del País Vasco.

Generalmente las descripciones paisajísticas son breves, guiadas por el criterio utilitario del reformador. De Baracaldo escribe: «Sorprende por su hermosura, número de caseríos, plantados, tierras de labor y casas de particulares acomodados, y todas las inmediaciones y ruedos de Bilbao están igualmente cultivados... » (21). Carece de sensibilidad para gustar estéticamente de la llanura castellana. Por

(13) *Op. cit.,* p. 29.
(14) *Op. cit.,* p. *28.*
(15) *Op. cit..* p. 27.
(16) *Op. cit..* p. 31.
(17) *Op. cit.,* p. 34.
(18) *Op. cit..* p. *28.*
(19) *Op. cit..* p. 29.
(20) *Op. cit.,* p. 28.
(21) *Op. cit.,* p. 24.

ejemplo, nos dice de Alava: «entrando en Alava todo es distinto: tierra más llana, más árida, más rasa y batida por los vientos, y por lo mismo menos cultivada y peor; más adelante es un remedo de Castilla...» (22). No tiene el sentido de lo pintoresco de los viajeros ingleses. Si no piensa en la fertilidad de una tierra promisoria, se limita a anotar impresiones desnudas y rápidas. En Castilla le impresionará la austeridad de los campos, la suciedad y la pobreza.

Los tipos de las distintas regiones están detalladamente descritos. Es interesante la pintura de los guipuzcoanos y guipuzcoanas, las cuales «no le parecen tan aseadas, ni sueltas, ni graciosas como las vizcaínas» (23). En Tolosa escribe:

> Los hombres visten camisas bien limpias, calzón de lienzo o de paño, justillo atacado sin mangas, de bayeta o estameña; una chamarreta con ellas, al hombro o en el carro, y nunca puesta, albarcas o alpargatas, con pedales de márraga negra, con listas blancas, o al contrario, que vueltas en espiral y atadas con correas hasta cerca de la rodilla, hacen buena vista. En la cabeza sombrero o montera achatada en lo alto (24).

La introducción de la boina en el País Vasco pudo ser posterior, tal vez una deformación de aquella montera, o una simple herencia de las guerras carlistas. De las mujeres dice:

> Las mujeres, con justillo; en mangas de camisa, medio pañuelo al pecho (que es por lo común escaso); saya de balleta o lienzo pintado, mantil de ésto o de telilla de Bearne negra y encarnada, a cuadros, de graciosa vista; en la cabeza, pañuelo blanco extrañamente atado. Son de regular estatura; algunas muy altas, ágiles y limpias, aunque no me parecen serlo tanto como las vizcaínas (25).

De las castellanas su impresión será mucho peor. De Briviesca nos dirá que todos están ocupados en la recolección de las mieses y siempre tristes y desaliñados. Por contraste, escribe en otro pasaje, al contemplar una fiesta en la plaza de Vergara: «Así se ve en estas gentes un carácter de alegría y franqueza que les es peculiar» (26).

En su *Memoria sobre los Espectáculos*, escrita como miembro de la Academia de la Historia, describe, como testigo de vista, las diversiones populares vascas que le impresionaron gratísimamente. Dice así, en una nota:

> «Cuando escribimos esta memoria no conocíamos el país vascongado ni sus bailes dominicales; pero un viaje hecho por él en 1791, y repetido en 1797, nos proporcionó el gusto de observarlos, y nos confirmó más y más en lo que habíamos escrito acerca de las diversiones populares. Es ciertamente de admirar cuán bien se concilian en estos sencillos pasatiempos el orden y la decencia con la libertad, el contento, la alegría y la gresca que los anima. Allí es de ver un pueblo entero, sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible quien los observase sin participar de su inocente alegría. Tanto basta para recomendar estas fiestas públicas a los ojos de todo hombre sensible; pero el filósofo verá además en ellas el origen de aquel candor, franqueza y genial alegría que caracteriza al pueblo que las disfruta, y aún también de la unión, de la fraternidad y del ardiente patriotismo que reina entre sus individuos. ¡Cuán fácil no fuera, con sólo extender tan sencillas instituciones, lograr los mismos inestimables bienes en otras provincias!».*Op. cit.,* p. 502.

Con respecto a las industrias, se va a fijar principalmente en las «ferrerías» vascas, en relación con el fomento del carbón asturiano, según un motivo de su viaje. En Vizcaya pasado Somorrostro, anota una vena de hierro. En Zornoza la ferrería de Ibarra, donde se labra todavía y es la mejor. «Sigue la de Verna (Bierna)...y la tercera llamada de Arandia...estas dos ya están secas» (27).

Respecto a la industria le llama principalmente la atención las llamadas fábricas de armas, en Eibar, empezando por la de Bustinduy, de cañones. Más tarde explica cómo los fusiles no se hacen sólo en Eibar, sino en piezas separadas en Ermua, Eibar, Plasencia, Elgóibar y Mondragón. En cada sitio, una parte del arma: camioneros, llaveros, cajeros, arreeros, es decir, guardamontes, baquetas y abrazaderas. Visita «la fábrica de bayonetas

(22) *Op. cit..* p. 39.
(23) *Op. cit.,* p. 31.
(24) *Op. cit.,* p. 36.
(25) *Op. cit..* p. 34.
(26) *Op. cit.* , p. 460.
(27) *Op. cit..* p. *28.*

para el ejercicio, que antes se hicieron, donde las armas de fuego». Y en Villabona observa una fábrica de anclas que funcionaba con carbón de piedra inglés y otra también de anclas de Velaondía. Allí, alguien le habla de carbón de Asturias, el cual dice que no es tan activo (28). Desde Rentería pasó a la «Dontería de Iranda», en donde vió máquinas hidráulicas para hacer barras y partirlas, flejes etc. Se consume el carbón de piedra inglés, comprado a doce o trece reales quintal macho, en el puerto. Dicen que el de Asturias tiene muchos azufres, que es menos activo, que se consume luego (29). En Alegría tropieza con muchas fraguas y en Anzuola, más allá de Villafranca, encuentra todo un pueblo dedicado a la industria de la lana. Pensando en la riqueza de Asturias, escribe que pedirá más datos sobre su organización y funcionamiento, dado la riqueza que produce. También encuentra allí fábrica de tejas y ladrillos (30).

Aparte de extender el consumo del carbón de su patria chica, otro de sus objetivos era, como dijimos, destacar, desde el punto de vista del comercio, las ventajas que las provincias *exetas,* es decir, las Vascongadas, privilegiadas por fuero especial, sacaban en el comercio libre de importación y exportación de toda clase de productos agrícolas e industriales. Jovellanos sigue pensando que su país es más rico por su agricultura y por su riqueza carbonera. Por eso escribe:

> Sin las franquicias, estas provincias serían muy inferiores a nosotros; con ellas no prospera la industria. La del hierro es casi única, y aún esta ventaja la deben a la vena. ¡Pobre Asturias, vecina a estas provincias tan favorecidas con la franquicia, y a La Coruña con los correos, y oprimida con todo el peso de las exacciones fiscales y con falta de comunicaciones, que desalientan su industria y ahogan sus esfuerzos patrióticos! *Caminos y la franquicia del puerto de Gijón deben ser sus deseos (31).*

Además de la riqueza natural del País Vasco y de sus posibilidades comerciales advierte elementos folklóricos y costumbristas. En varias ocasiones muestra su admiración por el juego de pelota —incluso describe los frontones— y le llama la atención su aplicación para las apuestas. En Tolosa, comenta que en fiestas, a los grandes partidos de pelota, «bajaban franceses, navarros y vizcaínos y que, en el último, las apuestas importarían l00 pesos (otros dicen 200), que ganaron los franceses», luego triunfaron los tolosanos» (32). En Vergara, describe así una fiesta:

> Todo el pueblo rebosa en alegría; hay fiesta de San Martín, baile público en la plaza. ¡Qué bulla! ¡Qué alegría! Su vista me llena de placer; el pito y el tamboril, los gritos de regocijo y fiesta, los cohetes, la zambra y la inocente gresca que se ve y oye por todas partes, penetra al corazón más insensible. ¡Dichoso yo si lograse trasladar esta sencilla institución a mi país, en la plaza del nuevo Instituto, empezando con los alumnos! (33).

Sobre todo abundan, en el viaje al País Vasco, como en su itinerario del resto de España, anotaciones artísticas sobre iglesias, palacios, pinturas, obras de arte, archivos. Muchas veces reseñadas con minuciosa exactitud. Sobre su visita a la iglesia del convento de San Francisco de Tolosa escribe Sebastián de Insausti un extenso artículo (34). En Azcoitia reconoce la casa de Narros y Peñaflorida. Pero sobre todo se detiene en el monasterio de Loyola (35). «Es en general esta obra de carácter grandioso, de gusto un poco pesado y preciosísima materia, esto es, bellísimo marmol negro veteado de blanco, y de blanquísimo mármol los adornos. La escultura es toda muy mediana (este pórtico es del Borromini, según Montehermoso). La portada de la iglesia es de feísima arquitectura; sus columnas, espirales, y sin sistema ni proporción en los miembros». (36) Le llama la atención el convento de San Telmo, de San Sebastián: «Es como una ciudad, colocado al pie del monte en que está el castillo; grande iglesia gótica con una nave, pero sobre columnas colosales, como otras de este país;

(28) *Op. cit.* , p. *34.*

(29) *Op. cit.* . p. 35.

(30) *Op. cit.* , p. *37.* Con el título « Jovellanos y la Siderurgia Vascongada (1790- 1801)» ha escrito un artículo Joaquín Almunia, en *Zumárraga, Revista de Estudios Vascos,* n.º Extraordin. n. 2. 1953.

(31) *Op. cit.* . p. 28.

(32) *Op. cit. , p. 34.*

(33) Op. cit. . p. 460.

(34) «Visita a la iglesia del convento de San Francisco de Tolosa, en compañía de Jovellanos», BSV, IX, (1953), pp. 537-544.

(35) Puede verse una descripción de Jovellanos más extensa sobre Loyola, en I. Elizalde, San *lgnacio y los jesuítas en la literatura española.* Madrid, ed. FUE, 1983, pp. 425-432.

(36) *Op. cit.,* p. 32. Tanto la arquitectura, como los cuadros y retablos cuanto menos barrocos le parecen mejor, según su gusto neoclásico.

buena escalera y gracioso claustro por el gusto de Carlos V, pero sin esculturas y tanto mejor» (37). Del Santuario de Begoña nos dirá: «Célebre santuario en Vizcaya: iglesia de arquitectura oriental y que, por no estar deformada con el coro en medio, se descubre en toda su magnificencia, y, aunque menos grande, aventaja a nuestras catedrales. (38). El altar mayor le parece de mezquino gusto, la escultura mala, pero la pintura buena, por el gusto de Amiconi. Tampoco le gusta el frontispicio que parece renovado en mal tiempo.

De Vitoria escribe que entra por una corta alameda bien cuidada. Ya no hay aquí el aseo de Vizcaya y Guipúzcoa, aunque más que en Castilla. Continúa:

> Plaza nueva, bella y sencilla cuanto cabe; sin ser magnífica, la única en España sobre un plan; toda sobre arcos divididos por pilastras, perfectamente cuadrada, de sillería y de dos picos de alto...; los balcones principales con adorno de frontones triangulares y semicirculares alternados... En la fachada principal se ve en medio la Casa Consistorial, sin adorno, es un cuerpo de arquitectura resaltado del plano de la obra cosa de un pie... Es grande la belleza que resulta de la simple uniformidad de esta obra, única en su especie, con la singularidad de ser inventada, bajo la dirección del gran don Ventura Rodríguez (39).

Llama su atención una Concepción de Carreño, que hay en la capilla de la enfermería de San Francisco, cuyo colorido puede competir con lo mejor de Tiziano (40). De aquí va a la colegiata «que es una bella iglesia gótica de tres naves, con aires de catedral (pretende serlo). En su presbiterio, al lado del Evangelio, hay un sepulcro con su busto de piedra (41). En la sacristía ve un bellísimo cuadro que le pareció de Rubens, aunque dicen ser de Van Dyck. Ve, además, otros cuadros particulares, como un Leonardo de Vinci en casa del conde de Villafuerte, y el convento de Santo Domingo, en donde también admira lienzos y relieves y, por último, la parroquia de San Vicente, el retablo mayor de San Francisco y el de San Miguel, la casa del Hospicio y la Casa de la Sociedad Patriótica, con su archivo y librería, además de apuntar los libros y manuscritos que había en Santo Domingo.

Pondera los archivos de las Casas Consistoriales de Bilbao, la parroquia de Eibar, cuyo retablo mayor elogia mucho y dos conventos de la misma villa.

De Vergara nos dice que es un pueblo situado en lo más estrecho de una cañada, que forman dos montañas altísimas. Aquí visita la iglesia parroquial de San Pedro y ve «en la capilla del Cristo, un *Crucifijo* de tamaño natural, que me pareció del Montañés, y es ciertamente obra digna del Buenarrota... La iglesia es por la manera de las de esta provincia grande, de gusto gótico, sobre columnas colosales» (42). La tarde destina a ver el Seminario vascongado Nos transcribe el censo: Seminaristas 76; Maestros residentes 10; iden externos 12; camareros y sirvientes 22. Total 120 personas. Están de vacaciones y faltan los jóvenes y algún maestro. No se contenta con anotar su estado actual, sino que traza además una completa revisión del plan de estudios del colegio «que irá adjunto a este *Diario*» (43).

Nos haríamos interminables si quisiéramos relatar las iglesias, palacios, casas particulares, obras de arte que describe en su Diario. Omitimos igualmente las numerosas personalidades con que estuvo en su viaje, dejándolas curiosamente anotadas en sus escritos y que prueban la vitalidad política, cultural y religiosa de la sociedad de provincias en aquella época. Solamente indicaremos alguna de estas visitas.

En Tolosa, va a ver a Samaniego, el ilustre fabulista, que vive en la hacienda de *Juramendi*, con quien mantiene «graciosísima conversación»: «Nos recitó algunos versos -escribe— de su *Descripción del Desierto de Bilbao*, dos de sus nuevos cuentos de que hace una colección, todo saladísimo; estuvo hasta las diez dadas; nos instó mucho a quedarnos mañana para comer con él» (44).

En Vergara, con motivo de la visita del Seminario, obra predilecta de la Sociedad de Amigos del País, del que hablamos, tiene lar-

(37) *Op. cit.*, pp. 34.
(38) *Op. cit.*, p. 26.
(39) *Op. cit.*, p. 39.
(40) *Ibid.*
(41) *Ibid.*
(42) *Op. cit.*, p. 38.
(43) *Op. cit.*, p. 38.
(44) *Op. cit.*, p. 36.

gas conversaciones con los seminaristas y los profesores. Anota curiosamente que los primeros, en días festivos, asisten a las tertulias, «donde bailan hasta las nueve que es la hora de la cena» (45). Asiste al concierto y tertulia, y a la noche «concurrencia en casa de Gaitán de Ayala, después de haber bebido, convidados en la Berroeta», en cuya tertulia tuvo la pequeña desilusión de no conocer a Landázuri, historiador del país que no concurrió, como esperaba (46).

En este viaje se encuentra Jovellanos con los primeros refugiados de la Revolución Francesa, acogidos en las casas particulares o abarrotando las posadas, cercanas a la frontera. Estamos en el otoño de 1791 y la Revolución de 1789 había comenzado a producir sus efectos. La fuga de Luis XVI, que tanto contribuyó a precipitar las cosas, había tenido lugar el 20 de junio de 1791. Jovellanos empieza a encontrar franceses en las posadas de Bilbao, donde le es difícil hallar sitio. No hace mención alguna de simpatía o antipatía hacia el triste estado de estos refugiados o su posible inoportunidad dentro del territorio español. Se limita a registrar cuanto ve, sin comunicarnos noticias de primera mano que, sin duda, recibiría de ellos.

En 1797, seis años después, volvería al País Vasco, dejándonos sus anotaciones en su *Diario Séptimo.* Pero de este nuevo viaje trataremos en otra ocasión.

(45) *Op. cit., p*. 38.
(46) *Op. cit., p.* 39.